

complejidad de la información proporcionada se enfoca menos en su interior que en su relación con otros actores, en primer lugar políticos.

El texto es, en suma, de necesaria consulta para los historiadores profesionales, pero su formato y calidad informativa ameritan su lectura por un público más amplio.

Julio César Melon Pirro

UNMdP e IEHS

SAMUEL FARBER: *The Origins of the Cuban Revolution Reconsidered*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006.

Cincuenta años de revolución cubana han dado lugar a más que numerosos estudios y publicaciones sobre este fenómeno de excepción de la segunda mitad del siglo veinte. Dentro del panorama de publicaciones que sin duda alguna ya han empezado a producir valoraciones sobre las últimas cinco décadas cubanas, este nuevo libro vuelve a reconsiderar ese tema crítico en los años que vieron nacer la revolución.

El autor es un investigador que ya se ha forjado un lugar de excepción en el estudio de la realidad política cubana. Samuel Farber, un bien reconocido politólogo e historiador que con anterioridad ha trabajado intensamente el período desde la revolución de 1933 hasta 1959, así como el papel del partido comunista prerrevolucionario, el Partido Socialista Popular, vuelve a reabrir un tema hartamente discutido durante los primeros años de la década de los 60: el origen de la revolución y su temprana trayectoria histórica de radicalización.

El título que nos ocupa en este caso estudia precisamente estas cuestiones. El autor propone una tesis que pone en entredicho muchas de las explicaciones dominantes sobre la revolución. Algunas de estas explicaciones tienden a asumir que la dirección política cubana durante sus primeros días de revolución se construyó en oposición directa a las acciones beligerantes de los Estados Unidos. De acuerdo con el autor, estas acciones existieron –el autor no pone en duda ni las sanciones económicas ni los intentos militares de derrocar el proceso revolucionario por parte de los Estados Unidos–, pero fueron tangenciales en el proceso político de radicalización que tuvo lugar entre 1959 y 1961.

El autor hace hincapié en dos tipos de explicaciones para el proceso político cubano. Por una parte, argumenta que prevaleció la capacidad autónoma de acción de los líderes revolucionarios cubanos. Por la otra, explica que el desarrollo de la política soviética respecto de la isla fue motivado por razones, tanto de estado como ideológicas, en apoyo de un proceso revolucionario ‘hermano’. En este sentido, el libro presenta una tesis que rompe con los esquemas habituales

delineados por posicionamientos ideológicos que se dividen entre los que apoyan la revolución y sus detractores. Para ello, el argumento propuesto en el libro se beneficia con nuevos métodos y con fuentes de investigación que han sido recientemente desclasificadas por el Departamento de Estado norteamericanos. Además, el autor también ha tenido acceso a documentos del Partido Comunista soviético referidos a Cuba, así como a nuevas fuentes en la isla.

El argumento se presenta de la siguiente manera: El primer capítulo explora la situación social y económica cubana y se pregunta si ésta contribuyó de alguna manera al proceso político revolucionario. El segundo capítulo intenta entender la visión política del liderazgo revolucionario y explora el contexto populista del que emergen las posiciones del máximo líder. El capítulo tercero analiza la puesta en marcha de la política estadounidense hacia Cuba y se pregunta si ésta podría haber sido diferente. En el cuarto capítulo, el autor se hace la misma pregunta respecto de Cuba. Finalmente, el libro apunta al papel jugado desde afuera por la Unión Soviética y, a partir de la revolución, por actores como el partido comunista pre-revolucionario existente durante los años estudiados.

El nivel de sofisticación del trabajo realizado por Farber no se puede poner en duda. No solamente es su análisis riguroso de la documentación una estudiada garantía de calidad en la investigación que sustenta al libro, sino que su presentación añade valor a un estudio que vuelve a abrir debates sobre Cuba que muchos creían agotados. Sin ninguna duda, este es el trabajo de un académico que sabe utilizar un lenguaje muy claro en su exposición para facilitar la comprensión de quienes se encuentran por primera vez con literatura sobre la revolución cubana. Sin embargo, el libro no está destinado al novicio en cuestiones cubanas. Al contrario, apela al interés del especialista por lo reducido de su mirada histórica, que se limita a los dos primeros años de revolución. Este es el triunfo más grande del libro y a la vez su problema más agudo, pues no permite un entendimiento global de la revolución cubana y sobre todo de la década del 60, en que tanto el proceso de cambio ideológico dentro de Cuba como las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética continuaron desarrollándose intensamente, para estabilizarse solamente bien entrada la década del 70.

Por otra parte, la presentación de actores políticos dentro de Cuba es reducida y está casi limitada a la figura de Fidel Castro. Algunos autores hemos cuestionado esa fijación dominante en la literatura hacia la persona de Castro, que, si bien constituye una presencia constante de las últimas cinco décadas, no puede explicar por sí sola la dirección del proceso revolucionario. Por ejemplo, el tratamiento de la clase intelectual como categoría de actor que apoya o no la ideología oficial habría afianzado el argumento del libro. Por eso es importante pensar en el papel de la ideología como narradora de la realidad política viviente y definidora del proyecto de futuro de la nación. En este sentido, el proyecto sigue

su camino y continuará en el futuro pese a la pérdida inevitable de su líder histórico. Pese a esos reparos, este libro es una contribución importante y necesaria a los debates que deben producirse durante el año en curso, hacia una valoración objetiva de estos últimos 50 años de historia en la revolución cubana.

Kepa Artaraz

University of Brighton

RICHARD SCHWEID: *Che's Chevrolet, Fidel's Oldsmobile: On the Road in Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

When I was growing up in Cuba during the 1960s the status symbol that indicated we were a middle class family was my father's American-built Chrysler, which he had purchased before Fidel Castro's Revolution in 1959. "Don't turn on the interior light," I remember my mother yelling at me once while we took an evening ride, "people will think we are a bunch of *guajiros* (hicks)." The interconnections between social class, American dominance over pre-Castro Cuba, individual and collective transportation, and socialism as symbolized by the automobile are at the heart of Richard Schweid's unique and entertaining book, a history of twentieth-century Cuba seen literally and metaphorically through the car windshield. While he traveled through Cuba at the start of the twenty-first century, usually at the passenger side of old American cars driven by Cuban automobile aficionados, the author was simultaneously doing research in the archives of Havana and Santiago de Cuba on how cars, trucks, and other jalopies shaped Cuban political and economic history and the Cuban sense of national identity. When one's prize possession was imported from the giant neighbor ninety miles to the north, did becoming Cuban, to borrow historian Louis Perez's phrase, become more difficult, or was the car easily incorporated into the collective consciousness as a Cuban adaptation of a Yankee invention, just like baseball?

The automobile is, in Freudian and Marxist terms, overdetermined: invested with symbols of citizenry, social class, race, gender, and a sundry of other categories. But while this is true of almost all modern societies (just look at the rush by the oligarchs to buy BMWs and Mercedes-Benzes in post-Communist Russia), Cuba has always stood out in this regard compared to the rest of Latin America. Cars, before Castro, were associated not only with the middle class but with pro-Americanism in foreign policy—Presidents from Tomás Estrada de Palma in 1902 to Fulgencio Batista in 1958 loved to show off their purchase of the latest product fresh off the American assembly line; gender—the first female driver in Cuba was celebrated in the local press, yet women car owners were